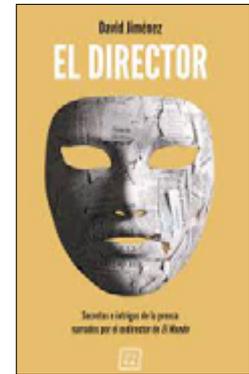


El Director

David Jiménez García
 Libros del K.O.
 Madrid, 2019
 296 pp.
 ISBN: 978-84-17678-08-1



Las cosas nunca salen como uno espera. Eso debió pensar “El Cardenal”, apodo de un máximo dirigente del diario *El Mundo*, cuando decidió encargar al corresponsal en Asia, David Jiménez (Barcelona, 1971), la dirección del periódico. El reportero de guerra venía con una carga de granadas de mano (metafóricas) dispuesto a hacerlas explotar si alguien atentaba contra su libertad editorial. Lo hizo. Escribió *El Director* y todo saltó por los aires. Pero viajemos a los años 80, al germen de la historia.

En una churrería, un grupo de amigos periodistas, entre porras y chocolate caliente, se preguntaban por qué no conseguían leer un periódico honesto, íntegro, sin ataduras empresariales, al servicio de la ciudadanía. Y en español. Un diario que representara la función esencial y primigenia de la prensa: informar sobre los hechos y denunciar las injusticias. Lo lógico. Lo esperable. Lo normal. De repente, cogieron una servilleta de papel y lo crearon ellos mismos. Sin más. Escribieron: “Fundación de El Normal”. Y firmaron todos.

Uno de aquellos jóvenes, David Jiménez, se convirtió después en corresponsal. Vivió y escribió en Corea del Norte, Cachemira, Fukushima o Afganistán. Cubrió revueltas, revoluciones, catástrofes humanitarias y guerras. Vio mucha pobreza, mucho dolor. Vidas rotas y vidas condenadas. Por

la falta de alimentos. La falta de cultura. Las heridas invisibles. Las injusticias insoportables.

Tras casi veinte años de lobo solitario, como dicen que son los periodistas de raza, su diario, *El Mundo*, lo citó en Nueva York para una reunión de negocios. Era 2015. Pedro J. Ramírez acababa de salir. Le ofrecieron ser el director. Le apoyarían en todo y, a cambio, él podría ayudar a capear la crisis económica –y de los medios– ejerciendo la profesión con libertad, autenticidad, integridad. El corresponsal dudó si aceptar el puesto. Pero tuvo que decir que sí. Había llegado el momento de la fundación de “El Normal”. A su hijo mediano no le gustó mucho la idea, contaba en una entrevista. “O sea, que ahora irás a un despacho en vez de ir a la guerra”, dijo a su padre un tanto decepcionado.

Jiménez desembarcó en Madrid con cierta ilusión. Sobreviviría 366 portadas. Lo que encontró en ese despacho aséptico, sin decoración, fue una tela de araña pegajosa de la que era casi imposible deshacerse. Y escuchó hablar de “Los Acuerdos”, pequeños grandes pactos no escritos entre medios de comunicación y empresarios o políticos, por los que intercambiaban favores mientras cenaban en restaurantes de lujo o viajaban a algún lugar privilegiado, a gastos pagados, dejándose agasajar. Lo que no se decía en voz alta sonaría así: “Yo no publico nada contra tu empresa,

tú aportas una gran suma de dinero”, “yo saco en versión reducida el escándalo de tu partido, tú nos subvencionas generosamente”. Y suma y sigue. La podredumbre que encontró Jiménez era brutal. Confesó que, aunque se lo podía imaginar en cierta forma, llegó a sorprenderle el número de implicados. Eran todos, casi todos. Pura cloaca.

El director se encontró, día a día, con otro tipo de tragedia: el desprecio por la verdad, la falta de integridad asumida. Un baile de máscaras continuo (como la propia portada de *El Director*) en el que nadie es quien parece, se representa un papel y se cambia de ritmo según la orquesta que toque. Sin pudor. Sin remordimientos. Baile de máscaras ajustadas al tamaño de sus rostros.

Pero este reportero, que había entrado en *El Mundo* de becario, con 23 años, no era tan fácil de sobornar. Ni invitaciones a los mejores asientos en grandes conciertos con estrellas internacionales, ni hoteles de seis estrellas en países exóticos, ni viajes en primera clase, ni palco en el Bernabéu. Jiménez no estaba interesado en ceder terreno a cambio de prebendas. Sus granadas fueron explotando en las caras, sorprendidas, de los grandes empresarios –hasta entonces casi intocables– como César Alierta o Florentino Pérez; las empresas del IBEX o los grandes bancos como BBVA o Bankia, entre otros muchos monopolios mastodónticos que controlan el país. Después fue explotando, a modo de exclusivas, a la plana mayor del Gobierno (entonces, del PP) pero también a la oposición y a todo aquel que cometiera, presuntamente, un delito o intentara utilizar *El Mundo* para defender sus propios intereses. Vamos, lo que se espera de un periodista con valores, como se comprometieron en aquella servilleta (que aún conserva)

Jiménez fue despedido, claro está. Y, por si no hubiese sido suficiente, la época del terror no había terminado. Poco

después publicó *El Director*, tras recopilar todo lo que había apuntado minuciosamente en un diario personal. Le desaconsejaron la heroicidad. Le aseguraron que perdería “la guerra”. “No volverás a ejercer si no cedés ante ellos”, le advirtieron. Pero se equivocaron. Ahora Jiménez escribe para *The New York Times* e investiga sobre el futuro del Periodismo con una beca concedida por la Nieman Foundation de la Universidad de Harvard.

El exdirector ya había publicado *El lugar más feliz del mundo*, *Hijos del Monzón* y *El Botones de Kabul*. Pero esto era otra cosa. Era su propia biografía-denuncia. Y no solo de *El Mundo* sino de la prensa en general, cómplices en mayor o menor medida de “Los Acuerdos” y sus adiestrados representantes de todo pelaje. Jiménez no tenía precio. Nadie lo pudo imaginar.

A ratos, el libro se lee como un *thriller*, con las intrigas de “El Cardenal” y otros miembros del *establishment*. Y también relata el día a día real de una redacción, con sus filias y sus fobias atravesadas, con personajes que pueden habitar en todas ellas como “la Digna”, “el reportero”, “el secretario”, “el señorito”, “los inspirados”...

Afirmó Jiménez, en alguna ocasión, que “a los periodistas nos encanta contar una buena historia, pero no la nuestra”. O, como también bromeaba Enric González, “los periódicos son como las salchichas, mejor no ver cómo se hacen”. Pues el corresponsal y exdirector de *El Mundo* lo vio. Lo denunció. Y la verdad, aunque a veces tarde, acaba sentando bien. Es bueno saber lo que uno consume. Conocer su procedencia y elaboración. Sin engaños. Sin ingredientes podridos. Sin falsas etiquetas. Vamos, lo normal.

Lidia Jiménez Rodríguez
Universidad CEU San Pablo